

Los devoradores

Ana María Shua



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 2005, ANA MARÍA SHUA
© 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4617-4
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: LUCAS NINE

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Shua, Ana María

Los devoradores / Ana María Shua ; ilustrado por Nine Lucas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4617-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Lucas, Nine, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 1.500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de enero de 2016 en Primera Clase Impresores, California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Los devoradores

Ana María Shua

Ilustraciones de Lucas Nine

loqueleq

EL HOMBRE-PERRO

Los jóvenes guerreros de la llanura de Nullarbor, en Australia, no creían en la existencia de Chirunir. Cuando eran pequeños, sus madres los habían asustado con sus horribles hazañas, para asegurarse de que no se alejaran del campamento. Pero ahora ya eran adultos: habían pasado las duras pruebas de la iniciación y eran hombres enteros y cabales. Tenían catorce, quince, dieciséis años y estaban en la plenitud de sus fuerzas. Tenían esposas, tenían hijos que alimentar y no podían permitirse creer en tonterías para asustar a los niños.

Es cierto que a veces desaparecía alguna mujer que se había alejado demasiado para recolectar frutos, o semillas de cereal salvaje. O un anciano o un niño que por distintas razones podían perderse lejos del campamento. Es cierto que después de unos días solían aparecer sus huesos roídos hasta la médula. Pero ¿acaso no había animales peligrosos en la meseta de Australia? ¿No acechaban los

dingos, por ejemplo, esos perros salvajes que cazaban en jauría?

Los hombres mayores y los ancianos no intentaban persuadirlos de que Chirunir era algo más que una fantasía. Los jóvenes necesitan vivir sus propias experiencias. Ya se encontrarían también ellos con esas huellas inconfundibles, inexplicables: marcas de pies humanos con uñas largas y curvas, capaces de clavarse en el suelo que pisaban, acompañadas por un rastro difícil de entender, como si alguien arrastrara los dedos a su paso.

Muchos habían visto sus huellas pero nunca nadie había visto a Chirunir o a su esposa, ni a sus seis perros malignos. Nadie, hasta la Gran Sequía.

Muy larga, muy dura debía ser una Gran Sequía para abatir a ese pueblo, acostumbrado desde siempre a la aridez de su tierra y a la falta de agua. Era verano y sin embargo las hojas se caían de los árboles, porque los tallos estaban demasiado secos para sostenerlas. Los pastos amarilleaban. La tierra agrietada abría bocas de sed suplicando lluvia, y en algunas zonas parecía haberse convertido en ceniza. Nada se movía bajo el cielo de fuego: sólo por la noche la vida salía de su letargo.

Hombres y mujeres estaban echados a la sombra de una colina, cerca del único pozo en el

que todavía había agua, gracias a que estaba protegido por matorrales y rocas. Los demás se habían evaporado bajo los rayos del sol cruel. La sed imponía una tregua entre hombres y animales: todos compartían la única provisión de agua.

Entonces, de pronto, lo vieron. Por primera vez. Hombres, mujeres, niños, con los ojos enrojecidos y sin fuerzas para el ataque o la huida, lo vieron acercarse al pozo de agua. Era Chirunir. Algunos no pudieron reprimir un grito de horror. Su cuerpo de hombre se erguía alto y robusto, pero la cabeza era de perro. Debajo de la barbilla le colgaba un enorme buche que terminaba en la mitad del pecho, una especie de bolsa desinflada lista para ser llenada de alimento. Las uñas curvas de sus pies se clavaban en el suelo al caminar. Y los brazos tenían un largo tan absurdo que arrastraba las manos por el suelo arenoso, dejando las extrañas huellas de dedos que muchos habían visto. Sí, era Chirunir.

Esta vez el Hombre-Perro no parecía interesado en la carne fresca de los humanos. Como los animales, los pájaros, los hombres y las plantas, sólo quería una cosa: agua, desesperadamente agua. Tan angustiada era su necesidad, que no se había preocupado por hacerse invisible. Se inclinó sobre el pozo y bebió, bebió, bebió, hinchando primero su vientre y después su enorme buche,

donde juntó agua para llevar a su mujer y a sus perros. Tanta agua había bebido de golpe que cuando se dio vuelta para irse vomitó una parte del precioso líquido junto con restos de huesos, piel y cabellos humanos que tenía en el estómago. Sólo entonces, levantando la cabeza, pareció darse cuenta de los hombres y mujeres que, tendidos en el suelo polvoriento, lo miraban con horror.

—Han visto a Chirunir —dijo, con voz profunda y vibrante—. No vivirán para recordarlo. Dice la profecía que Chirunir morirá poco después de que lo vean los hombres. Pero lo que no se recuerda, es como si no hubiera sucedido. Haré desaparecer la memoria de mi cuerpo. ¡Desaparecerá en mi vientre, junto con los cráneos de todos ustedes!

A más velocidad de lo que se necesita para contarle, Chirunir desapareció corriendo bajo el sol terrible. Debía llevar agua para los suyos. Su odio contra los hombres podía esperar.

Los jóvenes guerreros se levantaron a buscar sus armas.

—Sigamos su rastro. Somos muchos, estamos armados.

Pero los mayores los detuvieron.

—Sólo la sed volvió visible a Chirunir. No ha perdido su capacidad de atacar en silencio,

en la noche, desde la nada, él y su mujer y sus perros. Si salimos a cazarlo, vendrá al campamento a comerse a nuestros hijos pequeños. Las armas mejor afiladas no alcanzan para librarnos de Chirunir.

—¿Y qué hacer, entonces? —dijo uno de los jóvenes, mordiendo su impaciencia—. ¿Dejarnos cazar uno por uno como canguros?

—No. Necesitamos a los Hermanos Hechiceros —contestó el más anciano—. Hay que ir a buscarlos ahora mismo, antes de la noche. Para viajar bajo este sol se necesita todavía más fuerza y valor que para luchar contra el Hombre-Perro. ¿Quién se atreve?

Un grupo de jóvenes guerreros se puso en marcha. Lo que había dicho el anciano era verdad. La caminata fue terrible. Se había terminado la corta cantidad de agua que podían transportar cuando llegaron, casi arrastrándose, al campamento de los Hermanos Hechiceros.

—Iremos —dijeron a coro los Winjarnings—. Para que se cumpla la antigua profecía: cuando haya sido visto por los hombres, Chirunir morirá. La hora ha llegado.

La luna llena estaba en lo alto del cielo cuando los Hermanos Hechiceros llegaron al campamento.

—Junten ramas y maleza, toda la que puedan —fue su primera orden a los jóvenes guerreros.

Siguiendo las instrucciones de los hechiceros, los hombres amontonaron enormes pilas de ramas secas formando dos filas que dejaban en el medio un largo corredor. Al final estaba el pozo de agua.

—¡A Chirunir, su mujer y sus perros, los vamos a cazar como si fueran canguros! —se reían, contentos y confiados.

—No son canguros —les recordaron los Winjarnings, con voz sombría.

Estaba comenzando a amanecer. Los hechiceros hicieron que todos los hombres en edad de sostener un garrote y con fuerzas para clavar un cuchillo se ocultaran detrás de las barricadas. Enviaron a las mujeres y a los niños un poco más lejos, protegidos por las rocas.

—Vendrán primero los perros. Vendrán por el camino que les hemos marcado. Si alguno se mete entre la maleza, atáquenlo. Que ningún valiente intente enfrentarse solo contra uno de los perros. Atáquenlo entre todos. Apunten sus lanzas a la garganta: es importante que los demás no oigan ruidos sospechosos.

Los perros llegaron a la salida del sol. La magia de los Winjarnings los hacía visibles. Corrían

sin hacer ruido y su silencio era más aterrador de lo que hubieran sido sus ladridos. Eran enormes: le llegaban al hombro al más alto de los guerreros. Los jóvenes estaban tan cerca que podían ver el brillo afilado de los dientes, la saliva chorreando de los hocicos. Tenían preparados las lanzas y los garrotes, pero no fue necesario usarlos. El primer perro, que iba adelante, marcando el camino, llegó antes que los otros adonde lo esperaban los Hermanos Hechiceros. En un instante, un búmerang voló y volvió a la mano de un Winjarning. Y la cabeza del perro cayó desprendida de su cuerpo, sin que alcanzara a lanzar un solo ladrido. Pronto los búmerangs ensangrentados habían terminado su faena: seis cuerpos yacían separados de seis horribles cabezas.

No había tiempo de festejar. Ya venía el cazador, siguiendo a su jauría. Los Hermanos Hechiceros les cortaron la cola a los perros muertos y les mostraron a los guerreros cómo tendrían que agitarlas para engañar al maligno Hombre-Perro.

Chirunir llegaba ya. Respiraba con fuerza y se relamía pensando en el banquete de carne humana que lo esperaba. ¡Con qué placer iba a saborear los ojos que lo habían visto, los cerebros que guardaban su memoria, los corazones que habían latido con más fuerza ante su presencia! Su enorme buche se hinchaba de goce al imaginar el sabor de la sangre.

—Despídanse del sol, infelices humanos —gritó ferozmente—. ¡Ahora serán parte de mí! ¡Sus cuerpos servirán para hacer crecer la carne y la grasa del Chirunir!

Los hermanos Winjarnings rogaron a Baiame, Espíritu del Bien, y una espesa niebla espiralada cubrió la colina. De acuerdo al plan, las mujeres y los chicos comenzaron a lanzar gritos de dolor, de terror y desesperación. De la maleza asomaban las inmensas colas de los seis perros, moviéndose alegremente, como si estuvieran devorando a sus presas.

Muy contento, convencido de que sus perros habían hecho ya buena parte del trabajo, Chirunir subía la colina ayudándose con sus largos brazos. Sus manos se aferraban a las rocas. En la confusión provocada por la niebla, no se dio cuenta de que lo estaban conduciendo a una trampa... Hasta que los garrotes de los dos hermanos cayeron sobre él, aplastándole el cráneo, destrozando su columna, arrojándolo al suelo convertido en una masa sanguinolenta que siguieron golpeando y golpeando hasta asegurarse de que no quedaba allí ni un átomo de su maligna vida.

Los guerreros y sus mujeres comenzaron a salir de sus escondites. Bajaban las armas. Había llegado el momento de festejar el triunfo. O eso

creían. Se habían olvidado de que faltaba todavía vencer a la mujer del Chirunir. Pero los Winjarnings lo recordaban bien. La voz y el jadeo del monstruo hembra rompieron la quietud de la niebla.

—Dónde estás, Chirunir. Dónde está ese banquete de hombres que prometiste compartir conmigo...

Si los guerreros habían mirado al Chirunir con miedo, a la vista de su mujer tuvieron que bajar los ojos. Su aspecto era simplemente imposible de describir. Muchos años después, cuando eran ya ancianos y trataban de contarles esta historia a sus nietos, fracasaban siempre al tratar de explicarles qué era lo que hacía tan espantosa a la mujer del Chirunir. No había palabras capaces de acercarse a semejante horror.

Al llegar al pozo de agua, el monstruo vio el cadáver de su marido. Antes de que alcanzara a darse vuelta, uno de los guerreros se lanzó sobre ella y cortó su cuerpo en dos a la altura de la cintura. Desde atrás de cada arbusto, de cada matorral, hombres, mujeres y chicos salieron gritando su alegría. Ahora por fin era cierto. El Chirunir, su esposa y sus perros habían caído bajo la fuerza de las armas de los guerreros y la magia de los hermanos Winjarnings.

Mientras estaban allí, rodeando los restos de sus malditos enemigos, los dos pedazos en que

había sido partido el cuerpo de la mujer comenzaron a retorcerse. De la parte de arriba salió un niño. Después de un instante de asombro, los guerreros se lanzaron sobre él, pero ya era tarde. El niño se transformó en un lagarto y escapó bajo sus pies.

Oculto entre los matorrales, listo para atacar, siempre hambriento de carne humana, el Lagarto-Demonio vive todavía y para siempre en la llanura de Nullarbor, en Australia.

